

Pasemos á Cartago. San Cipriano va al suplicio; con él marchan numerosos cristianos. A vista de los jueces y de los verdugos, extienden por la tierra lienzos y pañuelos, á fin de recoger la sangre del ilustre mártir <sup>1</sup>.

Nicomédia contempla el mismo espectáculo. Por orden de Diocleciano, veintitres mártires son condenados al suplicio de la rueda, y á la cabeza de ellos marcha San Adriano, no ménos célebre en Roma que en Oriente. De sus miembros desgarrados, mordidos, corren torrentes de sangre, sangre preciosa que Santa Natalia, digna esposa de Adriano, y muchas damas de sus amigas, reciben con un amor que no puede compararse sino á su valor. Las unas las recogen en lienzos y en púrpura; otras en su propio seno. Esto no es bastante; las ilustres matronas ven los vestidos de los verdugos cubiertos de aquella sangre preciosa. Para conseguir esos vestidos les arrojan oro, perlas, los ricos adornos de que están cubiertas. <sup>2</sup>

Llevemos ahora nuestras miradas hácia la Armenia. Las órdenes crueles de Diocleciano se ejecutan allí como en el resto del mundo. La ciudad de Sebastia ve á su

la noche no cesaba de orar largo tiempo ocultamente.—“Act. S. Susan,” apud Sur. 11 de Agosto.

<sup>1</sup> Fratres vero flentes linteamina et oraria ante eum ponent ne sanctus cruor defluens absorberetur a terra. “Los hermanos que lloraban ponían ante él lienzos y pañuelos para que la santa sangre que corria no la absorbiese la tierra.”—“Act. S. Cyp.” apud Ruinart.

<sup>2</sup> Suscipientem sanguinem sanctorum et linteamibus et purpura qui stillabat eorum corporibus; alia vero in sinu suo suscipientes abscondebant, et vestimenta questionariorum, quæ erant sanguine infusa sanctorum martyrum, clarissimæ femina comparaverunt multo auro vel gemmis et ornamentis pretiosis. “Recogian en lienzos y en púrpura la sangre de los santos que destilaba de sus cuerpos; otras la escondian en su propio seno, y aquellas esclarecidas mujeres compraron con oro, con joyas y con valiosos adornos los vestidos de los verdugos que estaban teñidos con sangre santa.”—MSS. “Cod. ex S. Mar.” Transtyber, p. 15.

venerable obispo San Blas que es llevado al suplicio. Entre la multitud inmensa que siguió al glorioso mártir, se distinguen siete heroínas que recogen preciosamente las gotas de sangre que caen de sus heridas; <sup>1</sup> y como sus hermanos y sus hermanas del Oriente y del Occidente, señalan sus cuerpos con esta sangre preciosa.

¡Sublime testimonio de la alta estimación que se hacia de la sangre de los mártires! Del mismo modo que despues de la Comunión nuestros heroicos abuelos, mojando el dedo en el cáliz se untaban los ojos y los oídos con la sangre adorable del Rey de los mártires, así tambien con esta unción sangrienta comulgaban con sus gloriosos imitadores, ya para identificarse á su valor y á su sacrificio, ya para curarse, fortificarse y animarse al combate. <sup>2</sup>

A quien intentase poner en duda estos rasgos de fe y de intrepidez, porque no supiera comprenderlos, yo diré en primer lugar: Explicadme el valor de los mártires y os explicaré el valor de los cristianos. ¿Era necesario ménos heroismo á los primeros para extender voluntariamente en medio de los tormentos, hasta las últi-

<sup>1</sup> Septem beatissimæ mulieres timentes Deum sequebantur eum suscipientes guttas sanguinis quæ ab eo cadebant, et se ipsas ungebant. “Siete santas mujeres que temen á Dios, le seguian recogiendo las gotas de sangre que de él caian y con ella se ungian.”—“Act. S. Blas,” apud Bolland, 3 de Febrero.

<sup>2</sup> Sancta Natalis extergebat sanguinem beati Adriani, et perungebat ex eo corpus suum. “Santa Natalia recogia la sangre de San Adriano y ungia con ella su cuerpo.”—“Supra.”—Cum se venerando unxissent illius sanguine, tanquam unguento pretioso, consequenter ad mortem contenderunt. “Habiéndose ungió con su sangre como con un precioso unguento, consiguientemente desafiaron la muerte.”—“Act. S. Aretæ” apud Sur., 24 de Octubre.—Martyrii æmulatione accensa [matrona] citissime accurrens, martyris ipsius Aretæ cruore se filiumque perunxit. “Movida por la emulacion del martirio [la matrona] acude prontamente y ungió á su hijo y á sí misma con la sangre del mismo mártir de Aretæ.”—“Id., etc., etc., etc.”

mas gotas de su sangre, del que era necesario á los segundos para recogerlos? Diré en segundo lugar que esta intrepidez sublime, por inexplicable que os parezca, es un hecho constantemente reproducido en todos los siglos, sobre todos los puntos del globo y que podeis todavía ver hoy con vuestros propios ojos. En este punto todavía, estoy obligado á fijar la demostración, contentándome con citar algunos hechos.

Cuando en 1127 el bienaventurado Carlos, conde de Flandes, fué martirizado, un pueblo entero de hombres y de mujeres, de ancianos y de niños se precipitaron al lugar en que corria su preciosa sangre, la cual recogieron en lienzos, empleando tambien instrumentos de hierro para quitar las gotas que se habian adherido á las piedras. <sup>1</sup>

El Japon se convirtió á la voz de San Francisco Xavier y muy pronto el fuego de la persecucion se enciende con violencia. Veintiseis mártires son crucificados al mismo tiempo en la cima de una montaña. Los satélites y los verdugos forman una barrera temible alrededor de las víctimas; las heridas, la muerte tal vez serán el precio del temerario que se atreva á pasarla. ¡Vanos terrores! Los jóvenes cristianos de Oriente, como sus hermanos mayores de Occidente, desafian las amenazas y los suplicios y recogen con amor la sangre de los héroes; más preciosa para ellos que la seda, la púrpura, el oro y las piedras preciosas. <sup>2</sup>

<sup>1</sup> Videres itaque continuo innumerabilis promiscuæ sexus, diversæ ætatis, viros et mulieres certatim undique occurrentes, sanguinem ejus linteis extergere et ferramentis etiam de pavimento abraderè. “Y continuamente veíanse innumerables personas de uno y otro sexo, de diversas edades, varones y mujeres que acudian de todas partes y limpiaban la sangre con lienzos y raspaban el pavimento con instrumentos de hierro.” Apud Bolland., 3 de Marzo.

<sup>2</sup> Licuit cernere circumstantium christianorum

En fin, para cerrar la boca á la incredulidad, hé aquí que en pleno siglo diez y nueve los tímidos neófitos de la Cochinchina, animados repentinamente de un valor desconocido, imitan punto por punto la conducta de los cristianos de las Catacumbas. El 20 de Setiembre de 1837, uno de nuestros heroicos misioneros, M. Cornay, fué cortado en trozos por orden de Minh-Méhn. Trescientos soldados rodean el lugar del suplicio, la multitud pagana es inmensa. Un decreto de muerte está pendiente sobre todas las cabezas cristianas. ¿Qué fiel se atreverá á presentarse? Ved llegar desde luego á todo lo que hay de más débil y de más tímido, á una criada anciana y á una religiosa. Las dos heroínas llevan dos manteles para recoger la sangre del mártir; y se atreven á recoger los fragmentos de carne esparcidos acá y acullá. Muchos cristianos se juntan con ellas; y como otra religiosa encargada de llevar lienzos preparados de antemano tardase demasiado, ellos embeben la sangre en todo lo que se encuentra á la mano, los vestidos del mártir, pañuelos, papeles. Entonces la multitud se precipita para recoger tambien algunas gotas de aquella sangre preciosa; se oprimen las carnes para exprimirla, se cavan los lugares de la tierra en donde habia corrido con abundancia. <sup>1</sup>

El empeño de los cristianos en recoger

ardorem, qui per medios satellites, fustuario eorum neglecto, ad cruces accurrentes, alii ut sudaria sua martyrum sanguine imbuerent alii ut ex vestium limbo aliquid detraherent, alii ut reliquiarum loco aliud aliquid auferrent. “Se ve el ardor de todos los cristianos que por entre los satélites, despreciando los golpes de éstos, acudian hasta las cruces y allí, unos ponian sus sudarios para que se empapasen en la sangre de los mártires; otros, para quitarles la orla de los vestidos, otros, para quitar alguna otra cosa en señal de reliquia.”—Apud Bolland., febr., p. 761, n. 100.

<sup>1</sup> “Anal. de la Prop. de la Fe” n. 63, p. 254 y siguientes.



la sangre de los mártires es pues, un hecho siempre antiguo y siempre nuevo. Mañana buscaremos la razón de este fenómeno único en la historia.

## 19 DE MARZO.

Audiencia pontificia.—Celo de los cristianos de todos los tiempos.—Las jarras de sangre colocadas cerca de los "loculi" de las Catacumbas no son ni jarras lacrymatorias, ni jarras de perfumes, sino jarras de sangre.—Esta sangre es la de los mártires.—Carta de M. Raoul-Rochete.

Una segunda audiencia del Santo Padre suspendió la visita de las Catacumbas. El excelente Pontífice se dignó firmar con su mano las súplicas bastante numerosas que yo le presenté. Le pedí entre otras cosas, indulgencias para diferentes personas. Esto no quiere decir, como lo pretendía en otro tiempo cierto viajero favorecido con semejante privilegio, por medio del penitenciario de Francia, que él había "obtenido la remisión de sus pecados y de los pecados de su familia hasta la tercera generación! Cuando salí del Vaticano, vine á seguir en la Minerva el estudio de la bella cuestión comenzada ayer en las Catacumbas de San Valentin.

Hemos visto á los cristianos en pie delante de los caballetes de la antigua Roma, delante de las cruces del Japon, delante de los postes de la Cochinchina, recogiendo con empeño la sangre de sus hermanos. ¿De dónde viene que desafiaban así la muerte por tener la sangre de los mártires? 1. ¿Qué precio daban á esta sangre?

1 Se cita un gran número de ellos que fueron víctimas de su valor. Yo mencionaré solamente á las siete mujeres que seguían á San Blas al martirio; á una virgen llamada Paula, que por haber querido recoger la sangre de los jóvenes mártires Claudio, Hypacio, Pablo y Dionisio, mezcló su sangre á la de ellos.—"Comprehensa virgís coesa est et in ignem coniecta; sed liberata, demum et ipsa eodem loco ubi Lucillianus

¿Qué querían hacer de ella? Para explicar en los católicos de todas las edades y de todos los países, este valor sobrehumano, es necesario, so pena de locura, recurrir á la misma gracia que comunicaba á sus hermanos la fuerza para subir alegremente á los cadalsos, y á las hogueras, ó para bajar triunfantes á la arena.

¿Pero por qué gastar su intrepidez en reunir la sangre de las víctimas? ¿Esta sangre valía la muerte que era muchas veces el precio de ella? Sí, y más que la muerte. Los cristianos veían en los mártires y ven todavía y verán siempre los sucesores de la gran Víctima del Calvario, á los corredores del mundo, á los fundadores de la Iglesia, á sus sostenes eternos, su gloria incomunicable. 1 Además, lo que hay de más noble en el mártir es la sangre; la sangre, que es á la vez el signo del testimonio, la señal de la redención y la prenda del triunfo.

He ahí por qué el mundo entero está regado con ella; por qué Roma, futura metrópolis de la santidad, debió empaparse en ellas hasta en sus profundidades; por qué sus hijos sobre todo debieron mostrarse tan ardientes en recogerla, tan cuidadosos en conservarla. Gracias á su valor inteligente, Roma puede cantar hasta el último del mundo, su gloria incomparable. Madre de muchos millones de márti-

crucifixus fuerat decollata est. "Fue aprehendida la virgen y arrojada al fuego; pero habiéndose librado de él fue por fin degollada en el mismo lugar en que había sido crucificado Luciano."—Apud Bolland., (5 de Junio).

1 Sanguine numdata ut Ecclesia cepit. Sanguine succrevit, sanguine finis erit.

"Así como la iglesia fué limpiada con sangre, comenzó por la sangre y creció con la sangre, su fin será por la sangre."

X. "Gruter. in Polyant. novis. Tit. Martyr. Adimpleo ea quae desunt passionum Christi in carne mea. "Cumpló en mi carne aquellas cosas que faltan á la pasión de Cristo.—Coloss., I, 24. Plantaverunt Ecclesiam sanguine suo. "Fundaron la Iglesia con su sangre." "Brev. Rom. III noct., Com. Apost."

res, su fecundidad le da el primer lugar en la ternura del divino Esposo y le asegura un título no contestable á los supremos homenajes del universo; como señora de la verdad, puede sin temor pedir para su símbolo, revestido de tantas firmas sangrientas, la filial sumisión de la fe; porque la inteligencia más alta puede concederla sin debilidad, no puede negarla sin locura.

Así, después de la sangre del Señor, no hay sangre más preciosa que la de los mártires; tal es la primera razón que explica y justifica el heroico ardor de los cristianos para obtenerla. La bondad de Dios, respecto de los generosos atletas de su gloria, nos suministra otro: "Cualquiera, decía el Rey de los mártires, que me haya confesado delante de los hombres, le glorificaré delante de mi Padre y delante de los ángeles." 2 Y hé ahí que cumple magníficamente su promesa. Contra la costumbre de todos los pueblos, de los cuales unos conservaron con honor el

1 Ita una Roma mactandis Christi ovibus generale quasi macellum erat. In ea aut imperatores aut praefecti urbis perpetuam christianorum carnificinam exercebant. Nec usquam terrarum christianus sanguis uberius effusus est quam in una urbe Roma. "Era general en la plaza solo de Roma matar á las ovejas de Cristo. En ella ejercían los emperadores ó los prefectos de la ciudad una perpétua matanza. Nunca se derramó con más abundancia la sangre cristiana que en la ciudad de Roma."—Stapleton, "De Magnitudo Rom. Eccles., c. VI.—Terra ejus colorata est sanguine martyrum et contexta ossibus sanctorum. "Su tierra está colorada con la sangre de los mártires y tejida con huesos de los santos."—S. Brigit., lib. III.

Sancta es sanctorum pretioso sanguine, Roma. Nunc, nunc justa meis reverentia competit anis, Nunc merito dicor venerabilis et caput orbis, ..... sanctorum sanguine tincta.

"¡Oh Roma! eres santa, porque guardas la sangre de los santos. Ahora conviene que mi vida te tribute reverencia, ahora te llamo con razón venerable y cabeza del orbe..... estás teñida con la sangre de los santos."

PRUDENT, lib., II, contr. Symmach.

2 Luc, XII, 8.

cuerpo entero, otros el corazón, aquellos las cenizas; pero que ninguno conservó la sangre de los muertos, El, inspira á los cristianos recoger ante todo y conservar aparte, como la reliquia más preciosa, la sangre de los mártires. 1 Así han hecho los cristianos de todos los países, y de Roma en particular.

Esta sangre preciosa fué depositada en las pequeñas jarras de tierra ó de bronce colocadas en el exterior de los sepulcros. La prueba de esto está en que esas jarras la contienen y en que la muestran todavía algunas veces líquida y bermeja, las más veces adherida á las paredes intactas ó rotas. 2 Todas las dudas sobre este punto, se desvanecen ante los hechos.

Desde luego, cuando la sangre es bermeja, ¿cómo decir que no es sangre? Después, estando la sangre seca, ¿no hay un químico que no conozca el medio de volverla á su estado normal y que se asegure por su vista de que es sangre, y sangre humana? Se dice más hoy; se asegura que la ciencia puede distinguir si lo que se le presenta es sangre de hombre ó de mujer. Como quiera que sea, la experiencia se ha hecho no sé cuántas veces, sobre los residuos contenidos en nuestras jarras sepulcrales, y aun en las tintas rojizas que

1 Di niuna nazione, che io sappia, fu costume di serbare il sangue, fuori de' primi cristiani che usarono questa notabile distinzione a martiri per alta disposizione del cielo, perchè volendolo noi, dopo tanti secoli, ravvisar potessimo in esso il seme della cattolica cristiana religione, giusta il detto di Tertuliano: "Semen est sanguis," etc. "En ninguna nación que yo sepa hubo la costumbre de conservar la sangre, fuera de los primeros cristianos que usaron esta notable distinción hacia los mártires por alta disposición del cielo, porque queriendo nosotros, después de tantos siglos, instruirnos en la semilla de la religión católica cristiana, nos parece justo el dicho de Tertuliano: "La semilla es la sangre," etc.—Mazzolari, t. V, p. XI.

2 Véase á Boldetti, lib. I, c. XXVII y XXIX. —Hay también muchas jarras que tenían escrito: "Sa, sang." Sa, sanguis. Id., ibid., capítulo XXXVIII.